

bigote negro, y con traje negro, que fumaba sentado en un banco, con aspecto aburrido, viendo el violento interés de Pedro y sus miradas encendidas y perturbadas que habían seguido la marcha del coche, se le acercó y, tomándole por el brazo, le murmuró al oído con voz ronca y lenta:

— ¿Quieres que te diga su nombre, Pedro mío?... ¿El nombre, orígenes, fechas y hechos principales? ¿Pagas á tu amigo Alencar, á tu obsequioso Alencar, una botella de champagne?

Trajeron el vino. Y Alencar, después de pasar los flacos dedos por la ensortijada cabellera, y de retorcerse el bigote, empezó así, recostado en su asiento y dándose papirotazos en los puños de la camisa:

— En una dorada tarde de otoño...

— Andrés, — gritó Pedro al camarero, golpeando el mármol de la mesa — retira el champagne.

Alencar gritó imitando al actor Epifanio:

— ¡Qué! ¿sin saciar la avidez de mis labios?

Bien, no retirarían el champagne. Pero el amigo Alencar, olvidando que era el poeta de *Las Voces de la Aurora*, explicaría quién eran aquellas gentes del coche, en lenguaje cristiano y práctico.

— Ahí va, Pedro, ahí va.

Dos años atrás, precisamente cuando Pedro perdió á su madre, aquel viejo, el señor Monforte, apareció súbitamente por las calles de Lisboa en aquella carretela azul, y con su hermosa hija al lado. Nadie les conocía. Habían alquilado en Arroyos un primer piso en el palacio de los Vargas; y la muchacha empezó á aparecer en el teatro de San Carlos, haciendo gran impresión, una gran impresión capaz de causar aneurismas, según aseguraba Alencar. Cuando atravesaba el salón, los hombres sentíanse deslumbrados por la aureola que rodeaba á aquella

magnífica criatura, que arrastraba con paso de diosa la cola de su vestido, y que siempre iba descotada como en noches de gala, y cubierta de joyas, aunque era soltera. Su padre nunca le daba el brazo. La seguía á uno ó dos pasos de distancia agarrotado por una gran corbata blanca de mayordomo, pareciendo más moreno y vulgar al lado de su hija, encogido y casi amedrentado, llevando en las manos los gemelos, el libreto, un cartucho de dulces, y el paraguas. Pero era en el palco, cuando la luz caía sobre su garganta ebúrnea y sobre sus trenzas de oro, cuando ofrecía verdaderamente el aspecto de una encarnación ideal del Renacimiento, de un modelo del Ticiano... Alencar, la primera noche que la vió, no pudo contenerse de exclamar, dirigiéndose á sus compañeros, señalando á la desconocida y á las otras mujeres:

— ¡Muchachos! Parece un ducado de oro nuevo entre viejas monedas de don Juan VI.

Magallanes, el torpe pirata, reprodujo la frase en un folletín del *Português*; pero Alencar era el inventor de ella.

Los mozalbetes, naturalmente, empezaron á rondar el palacio de los Arroyos; pero nunca se abrió una ventana de aquella casa. Los criados, interrogados, dijeron que la señorita se llamaba María, y el señor, Manuel. Por fin, una criada, sobornada por unas monedas, dijo que el hombre era taciturno, obedecía á su hija, y dormía "en una red"; la señorita vivía en un nido de seda azul celeste, y se pasaba el día leyendo novelas. Estos datos no podían satisfacer la chismografía de Lisboa. Abrióse una información metódica, hábil, paciente... Alencar era uno de los que la llevaron á cabo.

Supiéronse horrores. Monforte era de las islas Azores: siendo joven, hirió de muerte en riña á un

compañero, y tuvo que huir á bordo de un brick americano. Poco tiempo después, cierto Silva, procurador de la casa de Taveira, que le conociera en las Azores, estando en la Habana para estudiar el cultivo del tabaco, que los Taveiras querían implantar en las Islas, encontróse con Monforte (que en realidad se llamaba Forte) vagando por las calles, con alpargatas, buscando enganche para ir á Nueva Orleans. Aquí había una laguna en la historia de Monforte. Parece que durante algún tiempo estuvo de capataz en una plantación de Virginia... Por fin, cuando reapareció entre sus conocidos, mandaba el brick *Nueva Linda*, y llevaba cargamentos de negros para el Brasil, Habana y Nueva Orleans.

Burló la persecución de los cruceros ingleses, arrancó una fortuna de la piel de los negros y ahora ya rico, hombre de bien, propietario, iba á ior á Corelli en San Carlos. Hay que advertir que esta terrible crónica, como decía Alencar, tenía lagunas aquí y allá...

—¿Y la hija?—preguntó Pedro, que escuchara serio y pálido.

Nada sabía de ella el amigo de Alencar. ¿De dónde salía tan pulcra y bella? ¿Quién fué su madre? ¿Adónde estaba? ¿Quién la enseñó á envolverse con aquella majestad en su chal de Cachemira?...

—Esto, Pedro mío, son

misterios que jamás pudo Lisboa
astuta descubrir y que Dios sabe.

En todo caso, cuando Lisboa descubrió aquella leyenda de sangre y de negros, decreció un tanto el entusiasmo que inspirara la Monforte. ¡Diantre! ¡Juno tenía sangre de asesino, la beldad del Ticiano era hija de un negrero! Las mujeres, gozosas de poder

vilipendiar á una muchacha tan linda, tan graciosa y con tantas joyas, dieron en llamarla la *negrera*. Cuando aparecía en el teatro, doña María de Gama afectaba esconder la cara tras el abanico, porque le parecía ver en la joven (cuando llevaba, sobre todo, sus hermosos rubíes) la sangre de las cuchilladas que diera su padre. Y todas la calumniaban de un modo abominable. Después de pasar el primer invierno en Lisboa, los Monforte desaparecieron: y se dijo que estaban arruinados, que la policía buscaba al viejo, mil perversidades... El excelente Monforte, que padece de reuma, pasábase tranquila y ricamente unos meses en los Pirineos. A esto se debía su desaparición. Allí les conoció Mello...

—¡Ah! ¿Mello los conoce?—exclamó Pedro.

—Sí, Pedro mío, Mello los conoce.

El descendiente de los Maias abandonó el paseo al poco rato, y por la noche, á pesar de la fría llovizna, paseó durante una hora, con la imaginación trastornada, en torno del palacio de los Vargas, mudo y obscuro. Al cabo de dos semanas Alencar vió con asombro, al entrar en San Carlos al final del primer acto del *Barbero*, á Pedro de Maia instalado en el palco de los Monforte, al lado de María, en la delantera, llevando en el ojal del frac una camelia encarnada, igual á las de un ramo que estaba en el antepecho cubierto de terciopelo.

Nunca fuera tan bella María Monforte: llevaba uno de esos vestidos riquísimos y llamativos que hacían decir á las señoras que se vestía "como una actriz.". Era de seda color de trigo, con dos rosas amarillas y una espiga en el peinado; ostentaba brazaletes y collar de ópalos, y aquellos tonos dorados armonizándose con el oro de la cabellera, iluminando su carne ebúrnea y, bañando sus formas de estatua, dábanle el esplendor de una Ceres. En el fondo

del palco se advertían los rubios bigotes de Mello, que hablaba de pie con el papá Monforte, oculto, como de costumbre, en la penumbra.

Alencar hizo observar "el caso," en el palco de los Gamas. Pedro, vuelto hacia María, contemplábala embebecido. Conservó la joven algún tiempo su continente de diosa insensible; pero después, en el duetto de Rosina y Lindoro, sus ojos se fijaron dos veces en Pedro, gravemente y mucho rato. Alencar corrió desalado á contar novedad tan inaudita.

Poco tardó en saberse en Lisboa la pasión de Pedro de Maia por la *negrera*. No escondía él su amor, y pasábase horas y horas plantado en una esquina, frente al palacio de los Vargas, con la vista fija en la ventana de la joven, inmóvil, pálido, extasiado.

Escribiale cada día dos cartas de seis carillas, poemas desordenados que escribía en el café; y todos sus conocidos y amigos sabían el destino de aquellas páginas de líneas entrecruzadas que se acumulaban ante él, junto al tarro de ginebra. Si algún amigo acudía á la puerta del café á preguntar por Pedro de Maia, los camareros ya respondían con gran naturalidad:

—¿El señor don Pedro? Está escribiendo á la novia.

Y él mismo, si el amigo se acercaba, alargábale la mano y exclamaba radiante, con su bella y franca sonrisa:

—Aguarda un momento, chico; escribo á María.

Los antiguos amigos de Alfonso de Maia, que acudían á Bemfica á echar una partida de *whist*, Villaça, sobre todo, administrador de los Maias y muy celoso de la dignidad de la casa, no tardaron en darle cuenta de aquellos amores de Pedro. Alfonso ya lo sospechaba: cada mañana veía salir un criado de la quinta con un ramo de las mejores *cameñas*

del jardín, y todos los días, temprano, encontraba el ayuda de cámara dirigiéndose al cuarto de su hijo, llevando un sobre perfumado con sello de lacre dorado. Y no le desagradaba que un sentimiento cualquiera, humano y fuerte, arrancara á su hijo á la disipación, al fuego, á las melancolias inmotivadas que reproducían el triste recuerdo...

Pero ignoraba el nombre y la existencia de los Monforte; y los detalles que le dieron los amigos, aquella cuchillada en las Azores, el látigo de capataz en Virginia, el brick *Nueva Linda*, toda la sinistra leyenda del viejo, contrarió grandemente á Alfonso de Maia.

Una noche en que, jugando al *whist*, el coronel Sequeira contaba que había visto á María Monforte y á Pedro paseando á caballo, "muy elegantes y *distingués*," Alfonso dijo:

—En fin, todos los muchachos tienen sus queridas... Así lo quiere la costumbre, así es la vida, y sería absurdo querer evitar tales cosas. Pero esa mujer, con un padre de tal laya, hasta para querida no me gusta.

Villaça dejó de barajar y arreglándose los lentes de oro, exclamó con espanto:

—¡Amante! La muchacha es soltera, señor, y es honrada!...

Alfonso de Maia cargaba la pipa y empezaron á temblarle las manos. Volviéndose hacia su administrador, replicó tembiándole algo la voz:

—Supongo que no cree usted que mi hijo vaya á casarse con esa pindonga...

Calló el otro. Sequeira fué quien murmuro:

—Esto no, claro que no...

Y jugaron un rato en silencio.

Mas Alfonso de Maia principió á inquietarse. Pasábanse semanas enteras sin que Pedro comiera en

Bemfica. Por las mañanas le veía un instante, cuando se preparaba el almuerzo. Bajaba el mozo, contento y alegre, calzándose los guantes, preguntaba si estaba ensillado el caballo, bebía de pie un sorbo de te; preguntaba á su padre "si quería algo,, se atusaba el bigote ante un espejo y salía rápidamente. Otras veces no salía en todo el día del cuarto: cuando acababa la tarde y encendían las luces, su padre subía á su habitación y lo hallaba tendido en la cama, con la cabeza entre los brazos.

—¿Qué tienes?

—Jaqueca.

Y Alfonso salía indignado, viendo en toda aquella angustia cobarde una carta que no llegaba ó una rosa ofrecida que no se colocó en la cabeza á que se destinaba.

A veces, entre dos *robbers* ó conversando alrededor de una bandeja con servicio de te, sus amigos hacían observaciones que le inquietaban, viniendo de ellos que estaban al corriente de lo que ocurría en Lisboa. El viejo Sequeira insinuó una vez que quizá fuera oportuno que Pedro hiciera un viaje á Oriente ó á Alemania, para instruírse. En otra ocasión Luis Runa, el primo de Alfonso, hablando de las costumbres de los tiempos modernos, lamentaba que ya los jefes de policía no tuvieran atribuciones para echar de Lisboa á las personas importunas... Evidentemente aludían á Monforte y le juzgaban peligroso.

En verano Pedro marchó á Cintra; Alfonso supo que los Monforte habían alquilado allí una casa. Pocos días después, Villaça apareció en Bemfica muy preocupado. La víspera había hablado con Pedro, y éste le preguntó acerca de sus propiedades, del modo de obtener una cantidad crecida. Y él le

contestó que en Septiembre sería mayor de edad y podría disponer de la legítima de su madre...

—No se fie usted de eso, señor; no se fie...

—¿Y por qué, Villaça? El muchacho querrá dinero, querrá hacer regalos á esa... El amor es un lujo caro, Villaça.

—¡Dios quiera que sea eso, señor, Dios le oiga!..

Aquella confianza tan noble de Alfonso de Maia en el orgullo patricio, en los bríos de raza de su hijo, tranquilizaba á Villaça.

Algún tiempo después, Alfonso de Maia vió por fin á María Monforte. Había comido en la quinta de Sequeira, al pie de Queluz, y tomaban ambos el té en un mirador, cuando entró en el estrecho camino que corría á lo largo de la pared la carretela azul con los caballos soberbiamente enjaezados. María, tapada por una sombrilla encarnada, llevaba un vestido color de rosa cuya falda cubría casi las rodillas de Pedro, sentado á su lado; las cintas del sombrero, atadas en un gran lazo, eran también de igual color; y su cara, grave y pura como un mármol griego, aparecía realmente adorable, iluminada por dos ojos de azul sombrío, entre aquellos tonos rosados. En el asiento delantero, casi todo ocupado por cajas de modista, encogíase Monforte, con un gran sombrero panamá, pantalones de nankín, con la manteleta de su hija en el brazo y el quitasol entre las piernas. Iban callados; no se fijaron en el mirador. Y por el camino verde y fresco pasó la carretela con balanceo lento, bajo las ramas que rozaban la sombrilla de María. Sequeira, que tenía la taza de té junto á la boca, guiñó picarescamente un ojo y murmuró:

—¡Caramba! ¡Es bonita!

Alfonso no contestó. Miraba cabizbajo aquella

sombrilla roja que ahora se inclinaba sobre Pedro, que casi le escondía, que parecía envolverle como una gran mancha de sangre caída en la carretela que corría bajo el triste verdor de las ramas.

Pasó otoño; vino el invierno, muy frío. Una mañana Pedro entró en la biblioteca donde Alfonso leía junto á la chimenea. Recibió su bendición, hojeó un periódico, y volviéndose bruscamente hacia él:

—Padre mío—dijo esforzándose en aparecer resuelto y conciso—vengo á pedirle permiso para casarme con una señorita que se llama María Monforte.

Alfonso dejó el libro abierto sobre las rodillas, y dijo con voz grave y lenta:

—No me habías hablado de eso... Creo que es la hija de un asesino, de un negrero, á quien llaman también la *negrera*.

—¡Padre mío!...

Alfonso se irguió ante él, rígido é inexorable como la encarnación de la honra doméstica.

—¿Qué más tienes que decirme? Me haces enrojecer de vergüenza.

Pedro, más blanco que el periódico que tenía en la mano, exclamó temblando, casi sollozando:

—Puede usted estar cierto de que me casaré con ella.

Salió dando un portazo furioso. En el corredor llamó en voz alta á un criado para que lo oyera su padre y le dió orden de que llevara sus maletas á la fonda de Europa.

Dos días después Villaça llegó á Bemfica con las lágrimas en los ojos y contó que el joven se había casado aquella madrugada, añadiendo que según le dijera Sergio, el procurador de Monforte, iba á partir con la novia para Italia.

Alfonso de Maia sentábase en aquel momento á la mesa para el almuerzo. En el centro se marchitaba un ramo de flores, requemado por el calor de la chimenea; junto al cubierto de Pedro estaba un número de la *Guirnalda*, periódico de versos que el mozo acostumbraba á leer... Alfonso oyó grave y mudo al procurador y continuó desdoblando lentamente la servilleta.

—¿Ya ha almorzado, Villaça?

El intendente, asombrado de aquella serenidad, balbució:

—Sí, ya almorcé, señor...

Entonces, Alfonso, señalando el cubierto de Pedro, dijo al criado:

—Retire este cubierto, Teixeira. De aquí en adelante, ponga un solo cubierto... Siéntese, Villaça, siéntese.

Teixeira, nuevo en la casa, cumplió con indiferencia la orden. Villaça sentóse. Todo en torno aparecía sosegado como las otras mañanas que almorzara en Bemfica. Los pasos del criado no hacían ruido sobre la alfombra; la llama brillaba alegremente, dando reflejos de oro á las superficies lisas; el sol que brillaba en el exterior, hacía centellear los cristales del hielo en las ramas secas; en la ventana, el papagayo enseñado por Pedro, vomitaba injurias contra los Cabrales.

Por fin se levantó Alfonso, y miró con indiferencia los árboles y las plantas del terrado; después, al salir del comedor, tomó el brazo de Villaça y se apoyó en él con fuerza, como si hubiera sentido el primer temblor de la vejez, y en su abandono, sintiera allí una amistad firme. Pasaron, callados, el corredor. En la biblioteca ocupó Alfonso su sillón al pie de la ventana y empezó á cargar la pipa. Villaça paseaba cabizbajo procurando no hacer ruido como

si estuviese en el cuarto de un enfermo. Una banda de gorriones se posó, piando, en la rama de un árbol. Después hubo unos momentos de silencio, y Alfonso de Maia, dijo:

—¿De modo que Saldaña ha presentado la dimisión?

Villaça contestó vaga y maquinalmente:

—Sí, señor; es verdad...

Y no se habló más de Pedro de Maia.

II

Pedro y María, entre tanto, gozando una felicidad de novela, bajaban á pequeñas jornadas por Italia, de ciudad en ciudad, por esa vía sagrada que va desde las flores y las mieses de la planicie lombarda, hasta el afeminado país en que se levanta Nápoles, la ciudad blanca bajo el cielo azul. Allí contaban pasar el invierno, en aquella atmósfera siempre tibia, junto al mar siempre tranquilo, donde las primicias del amor tienen una suavidad más grande y duradera... Pero un día, en Roma, María sintió anhelos de ver París. Parecíale aburrido viajar al lento balanceo del coche, sólo para ir á ver á los *lazzaroni* engullir macarrones. Mucho mejor sería habitar un nido acolchado en los Campos Elíseos y pasar un hermoso invierno de amor. París estaba sosegado bajo la férula del príncipe Luis Napoleón. Además aquella vieja Italia clásica la aburría; tantos mármoles eternos, tantas *madonnas*, empezaban á torturar su pobre cabeza, como decía con mucho mimo, reclinándola en el hombro de Pedro. Deseaba ver tiendas de modas iluminadas por gas, oír el rumor del boulevard... También le daba mucho miedo Italia, donde todo el mundo conspiraba.

Fueron á Francia.